

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
 DECANO DE LOS PERIODICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

La prensa en broma

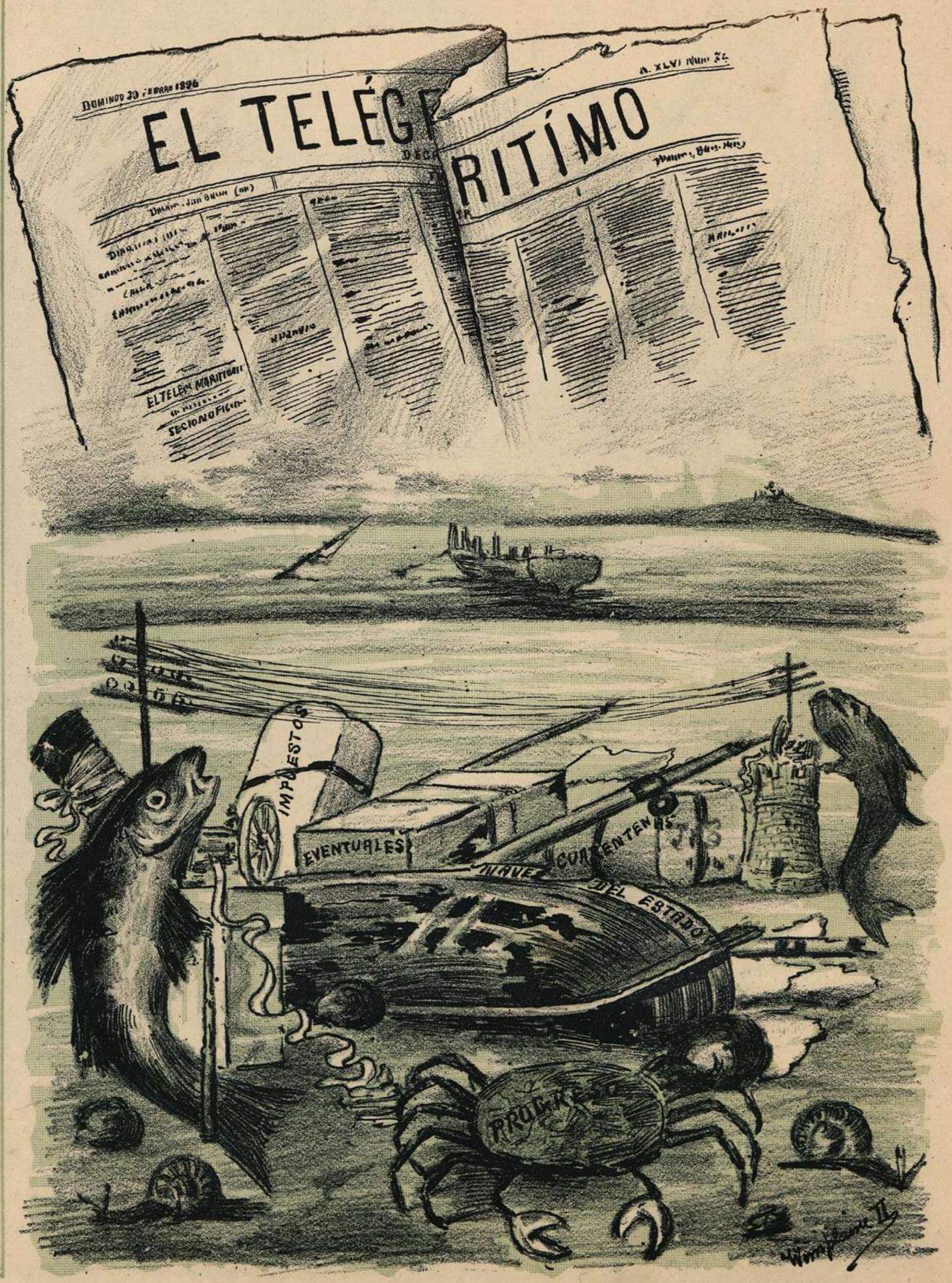


Illustration of a woman in a mask and a man in a top hat, surrounded by various caricatures and faces. The woman is holding a large fish that has been decorated with many small faces. The man is holding a small object. The scene is framed by a border of many small, identical faces.

**AÑO III
 N.º 105
 Marzo 1.º de 1896**

PRECIOS SUSCRICION
 MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	" 5.00
Un año	" 9.00

EXTERIOR
 Los mismos precios en moneda equiva.
 lente con el aumento del franqueo.
 Número corriente 30 centesimos - Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS
 Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
 MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57

SUMARIO

TEXTO—«Zig Zag», por Wimplaine (hijo)—«Pues señor...» por José Estremera—«Para Ellas. Luisa», por M. de Lyden (continuación)—«Extasis», por Luis de Asorena—«Las arrugas», por Arturo Giménez Pastor—«Picadillo», por Leo III—«El matrimonio de moda», J. M. B. F.—«Oh! La inocencia...», por Otto Miguel Cione—«Avisos».

GRABADOS—La prnsa en broma. *El Telégrafo Marítimo*, por Wimplaine II—«Para Ellas»: señorita de Chucarro, por A. Giménez—«¡Y van dos!», por Wimplaine II—y varios intercalados en el texto, por A. Giménez.

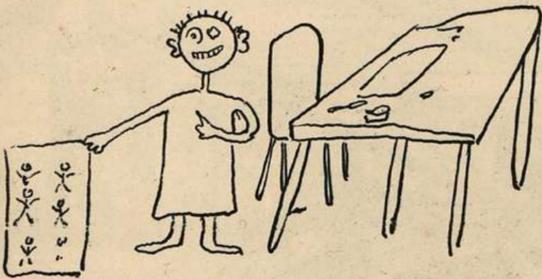
ZIG ZAG



A falta de nuestro director, que no puede hoy escribir porque los exámenes lo tienen alienado sin remedio, el chico de Wimplaine se ha hecho la crónica con monos intercalados en el texto y texto intercalado entre los monos; y nosotros no resistimos al deseo de darles á ustedes una broma de mal género publicándola.

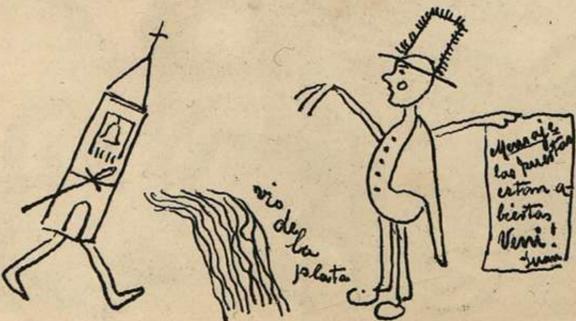
Pero para los lectores de periódicos festivos se hicieron las bromas.

Conque, paciencia, y consolarse con aquello de que los niños y los locos dicen la verdad.



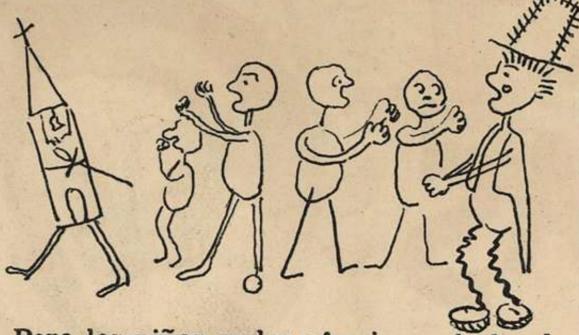
Esta cosa escrita y dibujada es para que la vean todos y se diviertan mucho con ella; y la he hecho yo.

En ella he dibujado muy bien todas las cosas ocurridas en la semana.

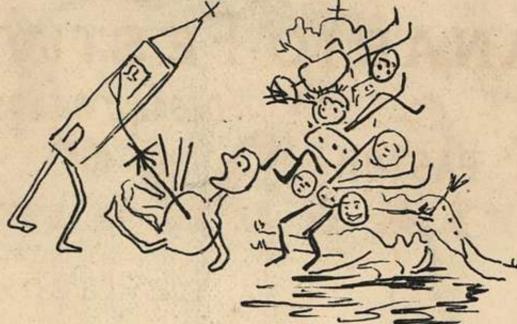


Primero fué Idiarte Borda que llamó á

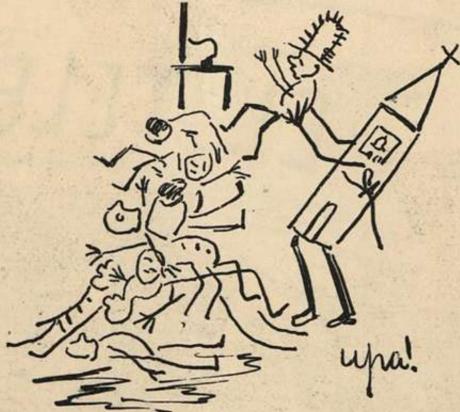
Latorre con un mensaje que leyó á los otros muchachos. Y Latorre se iba á venir ligerito.



Pero los niños malos ofrecieron darles de trompadas á los dos, si venía, y los asustaron, y Latorre no vino.



Y todo porque dicen que Latorre había matado á muchos, y le tienen miedo.



Pero tambien había levantado á Idiarte Borda, y este hacía bien en traerlo otra vez.

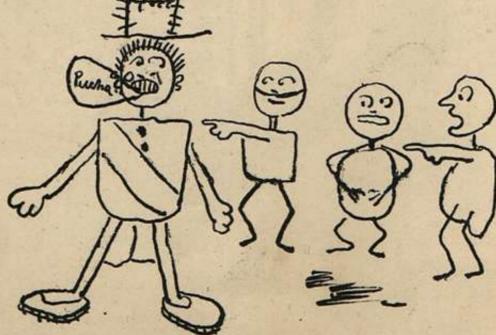


Despues fué que el Fiscal no quiso hacerle nada á *El Nacional* y aunque Idiarte Borda y el Ministro Mosié lo amenazaron, él no quiso



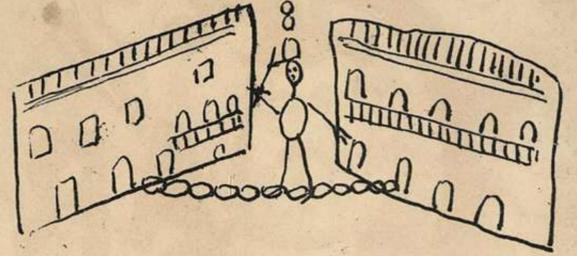
aquí están friendo papas

y los echó á freir papas.

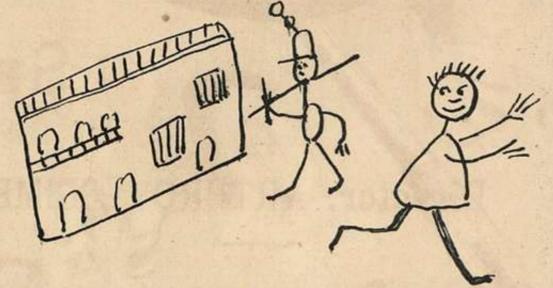


Y Idiarte Borda se puso rabioso como un animal.

Porque todos le dicen que se cuajó y se rien de él.



Despues de todo esto, de Rivera han traído preso un *Cuadra*, y en Canelones han puesto preso otro *Cuadra*.



Y yo digo que se siguen prendiendo *cuadras*, en cuanto lleguen á la de mi casa me escaparé.



¿Eh?

Firmado:

Wimplaine (hijo)

PUES SEÑOR.....

Cuentan que en no sé en qué pueblo había no sé que santo, en yo no sé qué madera tallado por tosca mano. Y la tradición nos dice que hace setecientos años lo hallaron unos pastores dentro del tronco de un árbol. El altar que en la capilla de la iglesia tiene el santo siempre está lleno de ex-votos, lámparas, velas y cabos. Que el santo en todo el partido es famoso y admirado, porque dice todo el mundo que hace asombrosos milagros. Y cuentan los naturales de aquel pueblo, muy ufanos, que el inglés llegó á ofrecerles cien millones por llevárselo. El santo continuamente debe de estar molestando por los diversos devotos que siempre le piden algo. Las mozas guapas le piden maridos ricos y guapos, pronta viudez las casadas, y aún más pronta los casados. El santo, no hay duda alguna que debe hacerles caso, pues va creciendo su fama en eso de hacer milagros. Sólo Juan nada le pide, Juan, el pobre veterano, el que, cuando mozo, estuvo por la patria batallando; el que volvió de la guerra acribillado á balazos, y á quien en premio la patria le dió una pierna de palo.



Finérez.
1896



Vista al Fiscal
 En verba...
 est...
 con...
 que...
 No le puede
 ocupar...
 el...
 el...
 el...

Wimplaine II

Monsieur - Mais ces que á este diable
 nadie ha de quererlo ahorcar
 Juan Conque no quiere acusar
 otro Fiscal!... ¡Oh furor!
 Se me van de entre los brazos
 dos Fiscales... los dos ceja

-Y á este que grite le dejan
 y nos curta á vejigazos!
 -Gon Vistas á mí!... Ese avance
 pagarán! ¡Que lo ahorquen quiero!
 Monsieur - Monsieur le Fiscal!... Ligerol!...
 (Mais... esto oui que es comme en France!)

El pobre Juan está enfermo hace ya bastantes años, que de las glorias pasadas no le quedó un hueso sano, y todo el mundo le dice: —No te quejes si estas malo; eres tonto, porque tienes tu curación en tu mano. Pídele al santo bendito la salud que anhelas tanto, y verás cómo estás bueno antes de que pase un año. El pobre Juan, una tarde, de tanto sermón cansado, le dijo á un vecino suyo que le estaba haciendo cargos: —Señor Pedro, en confianza, no creo en esos milagros, porque he sido monaguillo en la iglesia de ese santo.

JOSÉ ESTREMERÁ.

Para Ellas



LUISA

ESTUDIOS SOBRE LA MUJER

Por E. M. DE LYDEN

(TRADUCIDO EXPRESAMENTE PARA «CARAS Y CARETAS»)

(Continuación)

Dejó caer sus brazos á lo largo del cuerpo, — tanto, como lo permitían los bastiones de grasa de sus flancos, — y miró á la joven como para decirle: —¡Ah! ya, pues entonces ¿de qué te quejas?

Luisa comprendió esta muda pregunta, y continuó:

—No me habeis dejado concluir, mamá Camphrinet... Es cierto que no soy muy dichosa... El rostro de Mme. Camphrinet volvió á encenderse en ira.

—Pero mi marido no me pega. —Pues no faltaba más que eso... que lo supiera yo... —Me riñe...

—Te riñe!... ¿por qué te riñe?

—Dice que no soy bastante viva... —Viva, eh. ¿Y para qué sirve la viveza? Mira-me... Yo estoy como un lechón... Quisiera saber si á tú marido le gustaba que estuvieras como yo... La viveza es un defecto.

—Dice que me falta energía en mi casa —¡Canario! ¿si querrá que estés gritando desde la mañana hasta la noche? ¿que cambies de criados como de camisas?... y que seas un dragón? Ese sí que es un defecto... Tu marido es un imbécil.

—¡Ah, mamá Camphrinet!

—Vamos no te enfades... he hecho mal. ¿Y que más te dice? —Asegura que una joven debe ser coqueta... —Eso es una bestialidad... Con que se queja de que su mujer es demasiado guapa... demasiado modesta... Eres una simple... y tienes razón... ¿Acaso puedes gastar vestidos de volantes y sombreros con plumas? ¿Pues que, con sus tres mil francos querrá acaso que echés carruaje?

—Eso es lo que yo le digo...

—A menos que no hazas como Mme. Servius... En fin, si él lo quiere...

—Dice también...

—¡Cómo! ¿Dice todavía más?

—Dice que soy demasiado modesta.

—¡Hola! ¿Ese caballero querría talvez que fueses una desvergonzada de esas que se quedan mirando á los hombres?... Pues que, ¿la modestia no es la primera virtud de nosotras las pobres mujeres?

Pues yo en tú lugar hablaría á tontas y á locas... me entrometería en todo... y le llevaría siempre la contraria. ¡Demasiada tímida! ¡Hola! No sería á mí, la señora de Camphrinet á quien se dirían semejantes insultos...

—En fin...

—¡Cómo! ¿Hay más todavía?

—Eso es lo que me desgarró el corazón...

—A ver... á ver...

—Porque, en fin, eso prueba que tal vez ya no me ama...

—Justo... eso lo prueba categóricamente... Vamos, ¿y qué te dice el señor descontentadizo?

—Dice que la mujer casada debe ser tan cuidadosa como la soltera.

—Eso es, como si tu tuvieras tiempo para empergilarle á todas horas.

—Dice que una mujer debe combatir el mal de la sociedad, ese azote de todos los matrimonios, esa causa de tantas discordias, por medio de cuidados continuos y por medio de una coquetería inocente.

—Ta, la, la... Una mujer agrada por ella misma. ¡Mirame! Yo no soy una coqueta que pase todo el santo día de Dios poniéndose perifollos, y sin embargo, siempre he gustado á Mr. Camphrinet... Mis gracias naturales, mi garbo siempre mponente, han bastado para encadenarle á mi carro.

Como se vé, Mme. Camphrinet tenía una opinión bastante buena de sí misma, y sabía en caso de necesidad, emplear espresiones rebuscadas.

Luisa no pudo menos que reír al oír celebrar sus gracias y su imponente garbo.

—¡Ya veis soy; muy desgraciada!

—¡Que si lo veo! ¡Pues si eso salta á la vista!... ¡Pobrecita! Pero no tengas cuidado... yo estoy aquí... yo... ¿Has contado tus penas á tu madre?

—Sí, ¿y sabéis qué ha contestado?

—No; pero me lo supongo, porque sólo hay una contestación: te habrá dicho que tu marido no sabe lo que dice ni lo que quiere.

—No, no ha dicho eso.

—Entonces ¿qué es lo que dice? ¡Supongo que no le habrá dado la razón!

—Pues bien; estáis equivocada Mme. Camphrinet.

—¡Cómo! le ha dado la razón! exclamó la digna mujer dando un salto de la silla á riesgo de romperla, como si habiese oído una enormidad increíble. ¡Cómo! que le ha dado la razón?

—¡Completamente!

—Vamos, yo estoy atolondrada! ¡Este es el mundo al revés!... Dar la razón al marido de su hija!... ¡Eso es lo que tiene leer el *Constitucional*!... ¡Mr. Bernard la ha hechizado! ¡Dios la perdone! ¡Pobre amiga!... ¡Dar la razón al marido de su hija! ¡Nunca se ha visto eso! Decir eso no tiene nombre en ningún idioma del mundo!... Y esa mujer te quiere... vaya... vaya!

—Es mi madre y la respeto.

—Sí, comprendo, pobre cordero sacrificado; inclina la cabeza... tú... pero afortunadamente estoy yo aquí... ¡yo, si señor!... La mamá Camphrinet no te abandonará... te sostendrá... te defenderá... ¡Ah! ¿Con que él es quien tiene razón?... lo veremos... Tu madre es la causa de todo... ¡Que venga, que venga tu señor marido y ya verás si yo me asusto!

—Calmaos mamá Camphrinet.

La cólera de la ex-droguera continuaba subiendo como las olas del mar.

—¡Que me calme! por supuesto! Mira, no puedo remediarlo... ¡Me sublevo! Ah! Con que dice que eres demasiado modesta!... demasiado tímida!... Es verdad, ¡lo que tú eres es demasiado simple!... Pues bien, que venga!... yo le diré cuantas son cinco... si señor, yo se lo diré...

Mme. Camphrinet había estallado; su indignación corría como el agua de una fuente cuando le sueltan la llave, ó como el humo de una locomotora; iba y venía de un lado á otro sin ver nada á su alrededor, sin oír una palabra, ni el ruido de las puertas que se abrían

—Sí; yo le diré...

—¿Y qué le diréis, Mme. Camphrinet? le preguntó friamente Mr. Deslandes, poniéndose de pronto delante de ella con los brazos cruzados. ¿Qué le diréis?

IV

Al ver entrar Luisa á su marido, había hecho un movimiento para avisar á su consejera íntima; pero un gesto de Mr. Deslandes la detuvo, y Mme. Camphrinet que se había dejado llevar de su elo-

cuencia, quedó estupefacta al ver ante sí el hombre mismo contra quien desatará su cólera.

El golpe fué rudo y en poco estuvo que á la digna mujer le hubiera dado algo; pero, ya lo hemos dicho, estaba hecha á prueba de bomba, y se rehusó en seguida de su emoción instantánea.

—¡Ah! sois vos! dijo mirando al marido con un aire que se esforzaba por hacer digno... Llegáis á propósito Luisa y yo hablábamos de vos.

—¡De veras! ¡Qué ventura! Me alegro en el alma de que mi esposa se ocupe de mí en mi ausencia.

La maliciosa ironía que acompañó estas palabras, aunque por otro lado dichas sin acritud, no dejó de ser advertida por Luisa que bajó la vista sonrojándose un poco.

—Sí señor, hablábamos de vos, continuó Mme. Camphrinet; y esta pobre Luisa se quejaba.

—¡Ah! ¿Se quejaba?

—Marcial, te aseguro...

—¡Bah! No tengas miedo... ¿no estoy yo aquí?

—Sin duda alguna; no temas nada, Luisa; esa señora está aquí para defenderte. Con que te quejabas de...

—Vamos; no vayas á volverte muda porque ha venido... tú eres desgraciada...

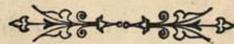
—¡Ah! Es desgraciada...

—¡Pues!... Hasta ha llorado... miradle los ojos.

Una mirada bastó á Mr. Deslandes para convenirse de que esto era verdad, y su corazón se conmovió.

—¿Tienes penas? ¿Cuáles son? dijo afectuosamente acercándose á su esposa y tomándole las manos.

(Continuará)



ÉXTASIS

I

Y como era la abuela de María una mujer de santidad tan rara que juró muchas veces que veía de una manera clara al propio Dios, un día, hallándose en el templo con su nieta. —¡Mirale que está allí!—le dijo ansiosa. —¡Allí, junto al altar!—Y temerosa la niña, al verla como nunca inquieta, —¡Esos son desatinos!—le responde. —Está usted por completo trastornada. —Pero ¿no ves á Dios?—¿A Dios? ¿En dónde? —A los piés del altar... —No veo nada. —Y al notar que no cede y que en llegar hasta el altar se empeña, la saca de la iglesia como puede, diciéndole al salir:—¡Vaya!... ¡Usted sueña!

II

Y pasaron los días, y la niña de ayer perdió la calma al sentir el poder de esas porfías que nacen con la edad y el desvarío y que agitan el alma como la piedra que se arroja al río. Y al ver que se iniciaban los rigores de un afecto profundo, comprendió claramente que en el mundo hay algo más que pájaros y flores. Que los alardes de razón son vanos al luchar con ciertos desatinos y que quizás los éxtasis humanos tienen fuerza mayor que los divinos.

III

Y así fué que otro día en que, mirando hacia el altar su abuela, —¿Y ahora?—la preguntó—¿Lo ves, María? ¡Es ese Dios que al sonreír consuela!—viendo al hombre que adora con ese amor que hace sentir mareo, —¡Verdad!... —dice.—¡Verdad! Lo que es ahora no es que delira usted... ¡también lo veo!

LUIS DE ANSORENA



ARRUGAS



¿Qué es una arruga?
Nada, ó casi nada; una leve línea alterando la uniforme lisura del cutis; apenas una sombra.
Y ¿qué influencia puede este detalle tener en el mundo, relativamente inmenso, en que tantas y tan poderosas pasiones luchan mientras gozan su efímero reinado sobre el corazón del hombre?
Si Espronceda dijo ya:

Que haya un cadáver más
¿qué importa al mundo?

¿Con cuánta mayor razón no podríamos nosotros decir:

que haya una arruga más
¿qué importa al mundo?

¿Y, sin embargo, importa y no poco; que así lo pequeño preocupa á lo grande y así unas gotas de agua decidieron la suerte de un imperio.

Es que en el mundo nada hay pequeño, nada hay insignificante, nada hay despreciable: todo está destinado á ejercer una influencia cualquiera en él. El diminuto grano de arena unido á otro y á otro señala límites al impetuoso mar; el microbio invisible destruye el organismo de un gigante.

Las arrugas son, por decirlo así (y discúlpesenos si es demasiado atrevida la frase) las tarjetas de visita de los ados.

¡Ah! Y los años son muy puntuales y correctos en estas cuestiones de etiqueta!

Por eso nos entristece la vista de las arrugas surcando nuestro rostro; ellas nos recuerdan siempre que cierto espacio de tiempo pasó ya; un espacio de tiempo en que fuimos felices ó desgraciados, pero que, con todo, amamos porque se nos presenta con el encanto triste y suave de las cosas pasadas; un espacio de tiempo que solo vive en nuestra memoria con sus alegrías, sus tristezas, y sus esperanzas halagüeñas que tal vez son ya dolorosas realidades.

Las arrugas tienen su mudo lenguaje que no por ser mudo es ménos expresivo.

Ved en ese rostro ajado los pliegues que se muestran bajo los ojos. Ellos os dicen: «Las lágrimas vertidas en las largas noches de soledad, en los sombríos días de luto, al borde la cuna vacía, junto al tálamo abandonado, á la vista del sitio en la mesa fueron nuestro bautismo...»

Ved esa frente espaciosa que atraviesan profundos surcos. Así la contrajeron la atención prolongada, las largas meditaciones, las noches pasadas en vela inclinado sobre el libro, llenando la mente de ciencia que deja el corazón vacío.

Porque todo esto dicen las arrugas. Porque la arruga es el tributo que paga la expresión fisonómica de cada uno de nuestros sentimientos, impresiones ó sensaciones.

La alegría, el dolor, la ansiedad, todo eso deja huellas en el rostro.

Esa niña que encanta y admira con la graciosa sonrisa que constantemente contrae sus labios, encantándose ella misma con el encanto que causa, gozándose en mostrar siempre sus hermosos dientes, no piensa tal vez que ella misma está señalando el lugar que han de ocupar las aborrecidas arrugas; que esas graciosas fositas que en su cara forma la risa han de dejar bien pronto leves huellas y más tarde profundos surcos.

Ese joven orgulloso, pagado de sí mismo, de sus trajes, de sus corbatas, de sus pecheras, que mira á todos con gesto de soberano desdén, está marcando lentamente las arrugas que le han de conservar tal gesto aún cuando haya llegado á reconocer su inferioridad.

¡Ah! ¡Cuántos pensamientos provocan las arrugas! Cuando veáis en el rostro de vuestra amada algunas leves líneas que parten de la comisura de los

ojos, ó se marcan á ambos lados de la boca, no penséis tanto en el porvenir como en el pasado y reflexionad cuántas veces, hasta dejarlas así marcadas, se contraería antes su rostro para sonreír á otros que la dijeron «te quiero» cuando aún no la conocíais?

Pero ved cómo las arrugas son también un castigo y terrible cuando como tal se presentan.

El día en que la mujer coqueta llega á ver en su rostro la primer arruga, paga en ese momento todas sus infidelidades, todas sus perfidias, todas sus crueldades.

Esos surcos que marca el tiempo en todos los rostros, pueden considerarse como signos que conservan en ellos la historia de la vida.

¡Cuántos pensamientos y reflexiones hacen presentarse á la mente las arrugas que surcan el rostro de una anciana!

Tal vez aquel rostro rugoso fué en un tiempo muy bello; quizá sonrió con gracia mil veces al escuchar una declaración ardiente; quien sabe si no dominó con su encanto á cuantos la miraron; en fin: fué joven.

¡Fué!...

Es triste, — la que amais también llegará á ser como ella; ese rostro que os encanta, que os enloquece se transformará en un rostro terroso cubierto de pliegues...

Y ella también *habrá sido!*...

Y sin embargo, ¿qué es una arruga?

ARTURO GIMENEZ PASTOR

PICADILLO



Los señores Terrés y C.^{as}, propietarios de «La Mercedes», han abierto una casa destinada á la venta de café, cocoa, yerba-mate, etc., etc.

Si quieren ustedes tomar un café riquísimo y barato, no tienen más que dirigirse á la calle Piedras 95.

Lo recomendamos especialmente, sobre todo en las actuales circunstancias, en que tan próximas están las elecciones.

El *café frío*—célebre entre todos los cafés—resulta cualquier cosa al lado de éste.

Los telegramas de Francia anuncian que una montaña del departamento del Gard, ha resuelto darse un paseito hasta el río Gard, su tocayo. Cosas de la afección. La buena de la montaña, deslizándose sobre su base, se dirige á paso lento hasta el curso del río, con objeto, sin duda, de darle un apretón amistoso.

¡Montañas de Francia, sois milagrosas! Moverse por sí sola una mole enorme de granito! ¡Oh!...

No, «¡oh!», no. Aquí ni aún con las catorce yuntas de bueyes empleadas para conducir el trozo de granito destinado al monumento de Joaquin Suarez, todos esos bueyes juntos, y tirando al mismo tiempo, no bastarían para mover á un diputado de su poltrona.

Verdad es que estos señores tienen seis patas, como decía un amigo mío que considera á la poltrona como parte integrante y principal del diputado. (Muy benévolo mi amigo, como ven, en la cuestión números...)

Así ustedes pueden figurarse que el tal suceso de la montaña «nos ha dejado indiferentes», como diría Emilio Zola, pues aquí *gastamos* hombres públicos incommovibles, más pesados que un guiso de conejo relleno de chorizos, ó una siesta de Vi-diella.

El Centro Ciclista se banquetó en grande. Fué una fiesta brillantísima, y se despachó la *carte* á paso de bicicleta. Lo único que amargó un tantico la fiesta, fué la noticia, dada con cierto misterio por un chusco, de que Epifanio Zaballa se había tragado, en un momento de expansión, un pucho en estado casi líquido, provocando un incidente entre don Federico y él, por considerar el de Hacienda aquel acto *puchesco* como un oculto y malévoló simbolismo de que el impuesto de tabacos tendría un destino estomacal.

Y es indudable.

En Montevideo. La casa de fieras por nombre, existe una tarifa sobre los carruajes de alquiler que nuestras desquiciadas autoridades se encargan que se cumpla de la misma manera que los sargentos de policía respetan las aceras, subiéndose á ellas á caballo y todo, con grave perjuicio de los callos, piernas y demás partes sensibles de los pacíficos transeúntes, que no tienen otro remedio que soportar los avances de ambos brutos.

¡Y se prohíbe estacionarse en las aceras grupos de más de tres personas!

Cierto que se propinan *seiscientos* palos á un soldado por la simple presunción de robo, según lo atestigua *El Nacional*... por razón de no tener padrino ni madrina el apaleado.

De otro modo, y aplicando la misma condena por igual y sin distinciones, ¿creen ustedes que habría muchas espaldas *políticas* libres de una paliza? Casi ninguna; á todos nos consta eso.

LEO III

EL MATRIMONIO DE MODA

¡Por sorpresa casarme!...

¿Tú qué me dices?

¡Reflexiona un momento, linda Matilde!
No seas tan viva,
Medita bien el caso,
joven modista.

¿No ves mil matrimonios desvanecidos;
qu; el enlace pensaron durante siglos?
¿No te amedrenta de esa cruz tan pesada sólo la idea?

A pensar de tal modo, mi bien, te guían, los conceptos nublados, la fantasía;
y en casos tales precisa pensar mucho lo que se hace.

Por tu amor solo vivo!
¡para quererte, para darte mi nombre eternamente!
Pero... ¡cuidado que sorprender es grave á un pobre párroco!

En fin niña... si quieres que nos casemos, ¡corre, ponte tus galas y pronto al templo!
Nuestro destino Seguirá iguales pasos ¡los del presidio!

J. M. B. F.

Habiendo recibido infinidad de pedidos de encuadernación del periódico, hemos resuelto, como el año pasado, encargarnos de ello en la forma siguiente:

La encuadernación será hecha en rica tela y con el título dorado á fuego. Su costo es de \$ 1.50. Los suscriptores en campaña deberán enviar el importe adelantado, en más el porte de franqueo.

LA ADMINISTRACIÓN

Oh! La inocencia...

Mina, la hechicera Minita, como la llamaban sus muchos adoradores; estaba enferma.

Muy malita! Habiale salido en el mismo nacimiento de su precioso cuello una pequeña manchita de color violado que sentaba tan mal, pero tan mal con el rosado pálido de su suave y delicada tez, que estaba indignada y furiosa consigo misma.

En vano fueron las cataplasmas, las telas de araña, untos de mil clases y los bizcochitos de vainilla empapados en leche caliente con que comprimía su delicado cutis; aquello no se iba!...

Estaba insoportable; si persistía aquel indiscreto lunar tendría que recurrir á algún médico; ¿pero si este se llegase á declarar impotente para hacérselo desaparecer? Ella! Minita, el *único* adorno de los sa-

lones, no podría asistir á la *soirée* de las de Leguillinos, en que el descote bien pronunciado era de rigurosa obligación.

En su desconuelo decía que ni todas las desconsoladas desesperadas, etc., etc., habidas ó por haber, suspiraron tanto ni tantas fueron las lágrimas que lloraron para calmar sus acerbos dolores como las de la incauta é infeliz Mina.

En medio de sus dulces ayes y sus lágrimas detenidas entre sus oscuros párpados, cual hermosos diamantes en los entreabiertos estuches de negro terciopelo, mil preguntas acudían á su atribulada mente. ¿Cómo le había salido aquello tan *cursi* en un sitio tan *visible*?

Después de infinitos cálculos y maduros juicios, recordó.... ¡vaya si recordó! Ya se las pagaría aquel tuno de Gaspar, aquel perverso causante de tantos disgustos.

¡Sí, él!... nadie más que él, abusando del triste estado en que por descuido (se entiende) la habían puesto un poco, pero muy poco de *todas* las bebidas que habían en el buffet del último baile á que asistió; con entera alevosía, aprovechando el momento en que la incauta doncella daba vuelta la cabeza mostrando con toda *inadvertencia*, *santa castidad é inocente pureza*, su elegante y pudoroso descote, el atrevido aplicábale con toda fuerza en el mismo cuello, un beso largo y profundo, tan profundo y largo, que la sangre avergonzada asomó por los poros de la piel.

Aquello no tenía nombre; tal infamia no se la perdonaría jamás, en fin; si al menos aquel tuno de Gaspar no hubiera apretado tanto....

OTTO MIGUEL CIONE.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA LA RAZON

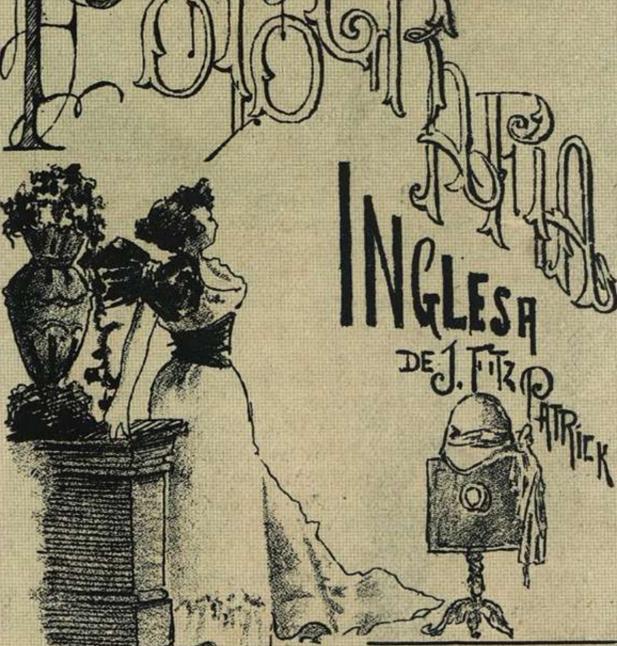
CALLE CERRO NÚM. 57-MONTEVIDEO

Este establecimiento ha recibido directamente de Europa un gran surtido de lujosas tarjetas de visita y de luto, munidas de sus correspondientes cajas, que por su gusto y elegancia son un bonito obsequio.

Precios desde \$ 0.80 cts. hasta \$ 1.80.

Se encarga de toda clase de trabajos tipográficos y litográficos, enviando á domicilio sus catálogos.

Recibe órdenes por teléfono ó por Correo. Precios sin competencia.

 <p>CASA ESPECIAL EN CAFÉ</p> <p>CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8</p> <p>Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.</p>	 <p>STUDIO DOLE</p> <p>Calle Sarandí, 359</p> <p>Retratos modernos de busto á la romana.</p> <p>A Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.</p>	 <p>FOTOGRAFIA INGLESA DE J. FITZ PATRICK</p> <p>Fotografía de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.</p>
 <p>EL ANTICUARIO</p> <p>Calle 18 de Julio 184</p> <p>Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.</p>	 <p>STUDIO DE CHUTE & BROOKS</p> <p>Calle 25 de Mayo 300</p> <p>MONTEVIDEO</p> <p>Calle Florida 24</p> <p>BUENOS AIRES</p>	 <p>FALLIGARIS</p> <p>Estudio fotográfico</p> <p>Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfía las más distinguidas gentes.</p>